

SOBRE LA PARTICIPACIÓN DEMOCRÁTICA Y LA REFORMA POLÍTICA (2007)

Al hablar de la política, siempre es bueno recordar que un régimen político se legitima por el logro del bien común. La mayoría de votos es solo una formalidad de la democracia: La ley de la mayoría, un ciudadano, un voto, y la posibilidad real de alternancia en el poder son las tres condiciones formales de la democracia.

Pero su esencia es el autogobierno, las instituciones autónomas y que los ciudadanos se den leyes con el compromiso de cumplirlas (Castoriadis). El gran principio democrático desde los griegos es: el poder somos todos.

También es conveniente recordar, si hablamos de la inmensa importancia de la participación de los ciudadanos en un régimen democrático, que los griegos inventaron la política, no porque hayan sido los creadores de la polis, que ya existía en Oriente, sino porque la polis griega fue la primera en la que los *politai* (ciudadanos) se reunían en *eclésia* (asamblea) para discutir los asuntos del Estado.

Esto explica la pasión griega por la política y que la ciencia política haya nacido entre ellos.

Se dice de Demóstenes, uno de los oradores políticos más brillantes de todos los tiempos, que de joven era tartamudo, pero su pasión por la participación en la política era tan grande, que se sometió a un ejercicio en verdad cruento: se colocaba pequeños guijarros debajo de la lengua y se obligaba a gritar sílaba por sílaba de las palabras más

difíciles de pronunciar hasta que superó su tartamudez y fue capaz de pronunciar ante miles de atenienses el discurso “por la corona”, que, aún ahora, es considerado obra maestra de la oratoria.

Esta actitud de Demóstenes, del gran Demóstenes, solo se puede explicar por la enorme pasión que sentía por defender la dignidad de los atenienses.

La tibia, pobre e indiferente participación ciudadana en la política en muchas partes del mundo la atribuyo a dos causas principales. La primera es que la política —que inventaron los griegos para que la polis no solo fuera justa, sino feliz (Platón), participando todos por el bien de todos— se ha convertido en una apasionada lucha, muchas veces sucia, muchas veces criminal, por conquistar el poder y conservarlo para el beneficio de los mismos gobernantes. A estos regímenes que emplean el poder para el propio beneficio, los padres de la política los llaman perversos (Aristóteles).

La otra gran causa de la desfalleciente participación democrática es que la acción política requiere pasión; pasión por la justicia y por la libertad, pasión por la vida y por la dignidad de la vida. Y ahora, salvo pocas excepciones, esa energía y pasión está desgastada en el individualismo hedonista, en el consumo de placeres que hartan el cuerpo y que ahogan el alma. El hombre contemporáneo, salvo pocas excepciones, se ha agotado a sí mismo en su vehemente esfuerzo para sí mismo. Y la democracia exige capacidad de donación, pasión por la justicia, por la libertad... Es una ofensa a la democracia relacionarla con los regímenes políticos reinantes. Deberían llamarse plutocracias, mediocracias, dictaduras de los grupos de poder, imperio internacional del dinero o teatrocracia, en expresión de Platón.

Sin embargo, como dice Norberto Bobbio, a pesar de todos los vicios de la democracia “real”, debemos defenderla por sus virtudes: la libertad, la igualdad, la fraternidad, la tolerancia. Debemos defenderla porque es el único régimen político que puede cambiarse sin derramamientos de sangre.

Disiento, sin embargo, en relación con el ámbito de la tolerancia que sostiene Bobbio. Él piensa en una tolerancia sin límites. Yo creo que tolerar la influencia en la política del poder del dinero, de los traficantes

de drogas, del crimen organizado, de los líderes corruptos sería entrar en complicidad. Hay acciones, perversiones, delitos que no deben ser tolerados.

De la reciente reforma política hay aspectos que no solo se deben aprobar sino alabar, y esta opinión confirma la necesidad de que haya límites a la tolerancia: es intolerable que en nuestro propio país, con tantos millones de pobres y extremadamente pobres, se derrochen tantos miles de millones de pesos en campañas políticas con frecuencia agresivas, inmorales y de pésima calidad. Es un indiscutible acierto el límite de gastos y de tiempos en las campañas políticas de todos los niveles.

También es intolerable que en nuestro país, con tantos millones de indigentes, se asignen sumas exorbitantes a los partidos políticos que con tanta frecuencia se dedican a luchas vergonzosas y hasta violentas para conservar sus enormes beneficios y su coto de poder, olvidando miserablemente las necesidades e intereses de quienes los eligieron. ¡Qué bueno que en la reforma política se limitaron algunas partidas y asignaciones a esos partidos políticos!

Es muy acertada también la prohibición de propaganda ofensiva e inmoral por televisión y otros medios, no solo por las obscenas cantidades que se gastaban, sino porque así se frena, cuando menos parcialmente, el estilo de bajezas, de difamación y violencia, y, por supuesto, se evita, al menos en parte, que se siga fortaleciendo la mediocracia emparentada en primer grado con la plutocracia.

Estas y otras reformas parecen muy convincentes y necesarias; aunque el gran riesgo y temor es que se sumen a tantas leyes y normas que no se cumplen.

Y ojalá que con el acierto y la determinación con que se frenaron algunas arbitrariedades de muchos diputados y de los poderosos dueños de los “medios” (manejadores de marionetas); con la determinación con la que se formularon algunas enmiendas a tantas vergüenzas e inmoralidades de la vida política de la nación; ojalá que con semejante determinación, con firme voluntad política, elemental dignidad y moralidad los legisladores corrijan muchas más vergüenzas y ofensas que

han sido aceptadas y hasta legisladas a favor de los grupos de poder en el poder. Algunos ejemplos: disminuir el número de diputados que llegó a ¡500! por disposición de López Portillo, que vivió la infamia de llegar a la presidencia habiendo sido el único candidato. También conviene establecer mecanismos para que las elecciones por el voto del pueblo sean no solo legales, sino también morales; reducir considerablemente los salarios de algunos “servidores” públicos. Es grosero y ofensivo el derroche de dinero asignado a los partidos políticos, teniendo en cuenta, sobre todo, el deplorable nivel de su actuación y sus comportamientos tantas veces vulgares, irresponsables y hasta delictivos, amparados por las rejas de impunidad que han construido. Y ¿qué decir de los salarios de los expresidentes, como si salieran pobres y necesitados de los Pinos? ¿Y la impotencia para resolver el problema de la educación, en la que pruebas internacionales nos colocan en el último o en los últimos lugares, no tanto por causas pedagógicas, sino políticas? Y para solo comentar una más de la larga lista de urgencias y vergüenzas que debe contemplar la reforma política, si se toma en serio: ¿Cómo nuestros legisladores, defensores de la constitución y de la dignidad de la nación, pueden pasar por alto la defensa de la soberanía nacional que continuamente se adelgaza y ofende?

202

Sabemos que la soberanía real (no la romántica) está fundada sobre la autosuficiencia económica. La venta, el remate de los recursos nacionales a manos extranjeras equivale a la venta de soberanía: la enorme riqueza de los recursos y capitales bancarios, las cadenas comerciales, hoteleras, restauranteras, publicitarias, turísticas... el predominio de empresas transnacionales que, por su tamaño, poder y arbitrariedad ahogan iniciativas y tradiciones nacionales; la entrega de innumerables canales y medios que inundan de violencia, de ideologías, valores e intereses muy ajenos... todo esto significa, señores legisladores, pérdida de soberanía. ¿Cómo defender la auténtica soberanía nacional? Para eso nuestro pueblo necesitado paga a ¡500! diputados, que deben resolver estos problemas de dignidad nacional.

Si la reforma política cumple con todos estos y otros graves deberes para convertirlos en leyes, ¡que sea bienvenida! Si, por el contrario,

el legislativo solo quiere dar la impresión de trabajo, valentía y responsabilidad social, pero continúan defendiendo sus cotos de poder partidistas o individualistas, entonces solo las presiones de la participación ciudadana podrán lograr que las reformas sean las que el país necesita, si no se quiere que aumenten los focos rojos que anuncian la desesperación y el rompimiento de los límites de resistencia.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.